

ELOY TIZÓN, *Técnicas de iluminación*, Madrid, Páginas de Espuma, 2013, 168 págs.

## EL APRENDIZAJE DE LA LUZ

Escrito a lápiz. En una barra de grafito está contenido el mundo. A lo que más se parece eso que algunos llaman vida es a una línea serpenteante que parte de la mano y sigue una ruta continua, sin interrumpirse nunca, y el mismo trazo que modela la vasija del alfarero es el que modela la nervadura de la hoja del árbol, se prolonga en la curva de la ola y coincide con el perfil de algunas mujeres, muy pocas, que nos hicieron temblar. Todo forma parte del mismo hilo del mismo ovillo. Cualquier línea que uno mira puede ser la línea del horizonte. Vivir es vibrar (“Fotosíntesis”, p. 17).

Vivir es vibrar. Y temblar. Y hacer temblar. Y escribir es lograr plasmar ese temblor en palabras que contengan ese latido milagroso. Por eso este fragmento, extraído del primero de los relatos que integran *Técnicas de iluminación*, el magistral “Fotosíntesis”, puede interpretarse a modo de credo poético, pero también vital, porque para Eloy Tizón escribir es una forma de vida, y la vida, una forma de escritura. Y es que Tizón escribe para explorar los límites, para tratar de lograr esa alquimia expresiva que se halla más allá de lo esperable.

A lo largo de toda su obra, y especialmente en este último volumen, advertimos este hecho. Así, en otro relato, posterior al anteriormente citado, titulado “Los horarios cambiados”, Tizón reflexiona al respecto poniendo en boca del narrador del texto una serie de consideraciones indudablemente propias:

Porque escribir, pensaba yo, es estar más despierto de lo normal. Un espasmo de lucidez recorre todo, nos sacude el sistema nervioso con una sobrecarga de vitalidad, de plenitud, de audacia, de algún modo hay que canalizar toda esa energía dispersa y un tanto alucinógena que desborda la conciencia. De la euforia molecular hasta el folio. Entran ganas de cantar, de bailar, de recibir una bofetada o un electroshock. En lugar de eso, volcamos toda esa actividad frenética hacia dentro y nos contentamos con enfilar, con gran aplomo, un signo negro tras otro (...) escribir es, en sí mismo (tiene que serlo), lo

contrario del hogar: un lugar inhóspito, manicomial, un sótano con poca luz y humedad excesiva (“Los horarios cambiados”, p. 72).

Esa misma sensación –la de tener la impresión de haber recibido una descarga eléctrica, la de estar ante un texto alucinado que desborda la conciencia– es la que asalta a todo aquel que emprende la lectura de *Técnicas de iluminación*: qué es esto, a dónde me está llevando, en qué me ha convertido. Porque no somos los mismos después de haber leído este libro. Y es que las palabras nos desbordan, nos conmueven, nos hechizan, nos mecen con sus repeticiones hipnóticas, su ritmo marcado, melódico, suave. Nos internamos en un mundo confuso, onírico, y lo hacemos como en trance, ebrios de luz y de belleza. La escritura de Tizón se construye a sí misma saltando todo tipo de diques, soltando amarras de la realidad, de las reglas de la escritura, la ficción, la tensión narrativa. Tizón va más allá, siempre un paso más allá, en un proceso que busca indagar, siempre, más allá de los límites, cualquiera que estos sean.

Eloy Tizón ha afirmado en alguna ocasión que piensa en imágenes: “Pienso en imágenes. Veo el relato, la atmósfera, los personajes y trato de que esa nitidez mental se traslade al lector a través de las palabras”.<sup>1</sup> Palabras, por tanto, que son imágenes, cadencias, respiraciones. Y resulta inevitable, llegados a este punto –pese a lo manido– citar el conocido verso de aquel poeta que pretendía domar el idioma con “palabras que fuesen a un tiempo/ suspiros y risas, colores y notas”, porque mucho de eso hay en los textos de Tizón, y también lágrimas, silencios, perplejidades, carencias... pero todo ello mostrado en el ámbito de lo cotidiano, escrito en baja, como pidiendo perdón.

Y en voz baja, susurrantes, como si se disculpasen por molestar, vemos desfilar, uno a uno, los personajes –en ocasiones meras voces narrativas con apenas un mínimo perfil– que transitan por las páginas de *Técnicas de iluminación*: seres que pasan por la vida como si lo hicieran de puntillas, inquietos, perdidos, fracasados, solos, oscuros... heridos por las sombras de lo cotidiano, pero iluminados por el desconcierto de lo prodigioso, del misterio, del milagro inesperado. Y es que un libro titulado *Técnicas de iluminación* necesariamente debía abordar la parte luminosa y la sombría de lo real, la felicidad y la tristeza, la exaltación y la tragedia. Y aproximarse, sobre todo, a esos

<sup>1</sup> En <[http://cultura.elpais.com/cultura/2013/10/30/actualidad/1383145555\\_766142.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2013/10/30/actualidad/1383145555_766142.html)> (6-5-2014).

espacios limítrofes entre la luz y la sombra, rastreando sus lindes. Y explorarlos en todos los ámbitos: ahondando en la forma y en fondo, tensando el lenguaje, transitando por caminos técnicos difíciles y escasamente concurridos, tanteando las fronteras de un realismo en las afueras de lo real, una narratividad que escapa de los cánones habituales.

“He intentado empujar a los personajes hasta el límite –ha declarado, en una entrevista reciente, Eloy Tizón–, ponerlos en situaciones comprometidas para ver cómo son. Si un personaje está al borde del abismo, se rompe y se abre, y de ahí surge cierta verdad que me interesaba humana y literariamente (...) Al fin y al cabo, la narrativa es coger unos personaje y hacer que lo pasen mal”.<sup>2</sup>

Empujar a los personajes al límite. Pero Tizón no sólo lleva a sus personajes al borde del precipicio para que se expresen, y desvelen, de este modo, su más íntima verdad. También sitúa al lector en idéntico lugar. Porque el escritor, en realidad, nos está dibujando a nosotros, a sus lectores; los personajes son un espejo en el que se reflejan nuestros miedos interiores, nuestros rincones ocultos, el sótano de nuestra identidad. Cuando ellos fracasan, y se hunden, fracasamos con ellos, y sentimos en nuestra piel el dolor de esa pérdida, que es la nuestra.

Si la escritura nace de una ausencia, de una pérdida, en estos cuentos se evidencia claramente ese hueco, esos agujeros por donde respiran las sombras y la luz de nuestros abismos cotidianos. Sostenía Borges en “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, uno de los relatos que integran *El Aleph* que “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es”. En todos y cada uno de estos relatos llega un momento en el que se produce ese instante de revelación, esa iluminación a la que alude el título –junto a la imprescindible técnica para que lo irracional, lo onírico, pueda sernos desvelado–, ese momento epifánico, de extrema transparencia interior, en el que el personaje se lee por dentro, se sabe. Y leyéndolos, a todos y cada uno de ellos, en todos y cada uno de estos relatos, nosotros, sus lectores, alcanzamos, también, un grado similar de epifanía: nos leemos, nos sabemos, si no del todo, sin duda en un grado mucho más hondo, íntimo, certero.

<sup>2</sup> En <<http://www.abc.es/cultura/libros/20131008/abci-entrevista-eloy-tizon-201310071725.html>> (6-5-2014).

En el primero de estos relatos –"Fotosíntesis", citado con anterioridad– hay un momento en el que se afirma: "Mirar también es una forma de rezar" (p. 19). Mirar como una forma de buscar lo más alto, pero también lo más hondo. Una forma de trascender, de explorar aquello que se halla más allá, y vincularse con ello, lo cual no es sino uno de los significados etimológicos de religión: *re-ligare*. El otro es *re-legere*, volver a leer. Mirar, así, como una forma de releer y de vincularnos con esa realidad que nos trasciende, reinterpretarla e imaginarla de nuevo a partir de las palabras. Porque quien vuelve a nombrar la realidad la rehace, la recrea. Eloy Tizón lo ha conseguido con este libro: lograr que nos contemplemos, que nos leamos, a nosotros y a todo cuanto nos rodea, con ojos nuevos.

NOEMÍ MONTETES-MAIRAL Y LABURTA  
*Universitat de Barcelona*